



EL SOLITARIO

JOSE RAMON MEDINA

El solitario mora en la colina antigua.

Al contacto de su mano ciega, despierta un mundo de fugitivos astros.

La noche sigilosa aguarda a la puerta de la casa.

Y entre tibios balidos cruza el día, herido por alfanjes invisibles.

Fuimos a la heredad desierta, testigos de un placer decrepito.

En la región distante aleteaba, sonámbula, el agua oscura de la muerte.

Parpadeaba la hoguera, estremecíase el follaje, rodaba su áspera

piel la lengua del viento sobre el muro.

Entre la hierba, la caída fragancia, el perdido verdor, los enlutados pájaros

levantaban sus sedientos despojos.

Saciamos la apetencia del duelo. Consumimos la desposesión del agro.

Y al aire, al fin, lanzamos los restos memorables,

como al azar del día la efímera violencia de una llama

sucumbe devorada por el viento.